

GRADO EN FILOSOFÍA

**LA RAZÓN POÉTICA, UN
ACONTECER ORIGINARIO EN
MARÍA ZAMBRANO**

Año académico: 2022/2023

Alumna: Raquel Vega Campoy

Tutor: Iñaki Marieta Hernández

ÍNDICE

1.	Introducción	3
2.	Antecedentes	4
	2.1. El exilio como problema filosófico	4
	2.2. La palabra y la modernidad, una crítica al racionalismo	6
3.	Estado actual de la cuestión	9
	3.1. El olvido de lo irracional: la crisis espiritual de nuestro tiempo	9
4.	Discusión y posicionamiento	13
	4.1. Las dos formas de la palabra: filosofía y poesía	13
	4.2. Un inicio al origen del ser	18
	4.3. El des-ocultamiento del ser: dos vías posibles	21
	4.4. De lo sagrado a lo divino: el origen de la pregunta	22
5.	Conclusión y vías abiertas	26
6.	Referencias bibliográficas	29

1. Introducción

La filosofía de Zambrano (1904-1991) surge a partir de su vivencia del complejo mundo que le tocó vivir. Tanto en lo social como en lo político e intelectual su experiencia como mujer tiene lugar en un siglo atravesado por guerras y violencias extremas. La España del siglo XX en la que nació Zambrano la obligó a arrostrar la prueba de los héroes de la tragedia griega, el exilio. Con el hundimiento del proyecto de modernización de la 2ª República tras el golpe de estado del general Franco en julio de 1936, muchos intelectuales españoles, entre ellos María Zambrano, tuvieron que afrontar la trágica experiencia del exilio. Toda esta dura experiencia de vida hará que su escritura filosófica vaya dirigida hacia la intimidad del propio sujeto como fortaleza interior, frente a la implacable exterioridad en la que vive la exiliada. «El pensamiento zambraniano pertenece a la filosofía como su límite o su envés, su otra cara, sombríamente oculta» (Izpizua et al., 1995, p. 26). Su pensamiento se corresponde con una filosofía de lo oculto, en la que la filósofa, al modo heideggeriano, explora las zonas de sombra, los olvidos y silencios que contiene la filosofía, intentando con ello iluminar aquello que el exilio le obliga a habitar, las entrañas. En las obras de Zambrano «hay una apuesta por desentrañar, por evidenciar aquello que permanece oculto en las entrañas y que constituye nuestro ser en la sombra» (Mendizábal, 2015, p. 86). Dichas entrañas, como lo más interno del ser, permanecen escondidas, pero transforman todo aquello que tiene vida, pues son la fragua del sentir originario, del alma (*psyché*). Las entrañas son el ámbito propio de los sentimientos, deseos y sueños de todo ser viviente, donde el corazón, que se caracteriza por ser insondable, no se guía por los ideales de la razón. Por tanto, «las entrañas no pueden ni deben ser transparentes» (Zambrano, 1998, p.77). María Zambrano es partidaria de una razón mediadora, donde la filosofía sea capaz de dialogar con lo irracional.

A lo largo de este trabajo voy a tratar de explicar lo que sea para la Zambrano la razón poética, abarcando su origen y su desarrollo a partir de los análisis de los conceptos clave que envuelven el pensamiento de la autora, tales como el exilio, la palabra, lo irracional, lo sagrado, entre otros. Profundizar en el pensamiento de la autora no resulta tarea fácil, en tanto que al hacer poesía de la filosofía, es capaz de jugar con esta última sin desvalorizarla. Zambrano plasma sus propias vivencias en cada uno de los conceptos antes mencionados,

expresándolos de una forma poética y seductora, logrando que su escritura te dé acceso a una multiplicidad de sentidos que desbordan lo filosófico tradicional, transcurriendo por los senderos que se adentran en las propias entrañas del lector, conduciéndote a la experiencia originaria, allí donde poesía y filosofía son una.

2. Antecedentes

2.1. El exilio como problema filosófico y la razón poética

Considero que el pensamiento de María Zambrano no ha sido suficientemente atendido, es por ello por lo que pretendo recordar la figura de la ilustre española. Reivindicar su obra, debido a su carácter femenino, ha sido complicado, pues en su época (1904-1991) no parecía correcto considerar a una mujer como filósofa. El contexto español del siglo XX, atravesado por la dictadura del general Franco, se situaba en una inequidad social entre hombres y mujeres, no obstante, Zambrano no se identificaba con ninguno de estos géneros, sino con uno creador y poético, lo que la sitúa por encima de esta distinción. La filósofa se distancia del orden social demarcado para las mujeres, forjando así, junto a su experiencia del exilio y al periodo de guerra y posguerra, su pensamiento y desarrollo filosófico, por lo que su obra confina una dimensión política que debe ser tenida en cuenta. En virtud de su larga historia de exiliada, tras la guerra civil, ella pudo ser capaz de comprender el sentimiento originario del ser. El exilio es para María una dimensión primordial de la vida humana, que te obliga a mirar por ti mismo, pues te separa de tu patria, de tu entorno familiar, etc. «El escribir a solas, sin finalidad, sin proyecto, porque sí, porque es así, puede ofrecer el carácter de una acción trascendental» (Zambrano, 1973, p. 11). Es en este contexto, en el que la autora construye su razón poética como núcleo central de su pensar y de su obra, que tanto debe a la experiencia del exilio.

Tras el estallido de la Guerra Civil en Julio de 1936, la mayor parte de los intelectuales españoles afines a la República se vieron obligados a optar por el exilio, entre estos, María Zambrano —que entonces contaba con 32 años—, por lo que su actividad filosófica está

claramente marcada por esta etapa de su vida. La condición metafísica del ser humano se le revela en el exilio, puesto que el exiliado siente la pérdida de todos sus puntos de apoyo, todo lo que sostiene la existencia humana. La filósofa, ante tal abandono, busca una respuesta en su interior, en el alma, pretendiendo alcanzar la realidad pura. Se puede apreciar en el pensamiento de la autora un atisbo de esperanza —ante la crisis de la modernidad europea del año 1936—, cuando la pensadora trata de recuperar la confianza en el ámbito de lo irracional, dimensión humana necesaria para comprender la complejidad de la vida. Zambrano en todas sus obras refleja cómo la razón por sí sola no puede “explicar” todas las facetas de la existencia humana, por ello esta debe complementarse con este ámbito de lo irracional, de las emociones y los sentimientos. Los hechos históricos son sustituidos en el discurso de esta autora, por lo que ella misma denomina “pulsión pasional”, y en consecuencia, la razón poética es la encargada de iluminar las realidades ocultas del alma propia y colectiva en el contexto hispano-europeo. «La palabra de María Zambrano brota intermitentemente de una experiencia insondable, como una trémula pulsación en el fondo de una caverna» (Izpizua et al., 1995, p. 26).

Zambrano es una de las figuras más importantes del pensamiento español, junto a José Gaos (1900-1969), ambos discípulos de José Ortega y Gasset (1883-1955). La autora se situaba en la línea de la razón vital de Ortega y de la inteligencia sentiente de Zubiri, proponiendo con su "razón poética" un abordaje novedoso en lengua española de cuestiones filosóficas hasta entonces tratadas de modo metafísico. La inteligencia sintiente de Zubiri, como teoría filosófica, sostiene que la inteligencia humana no solo es cognoscitiva, sino que también es sensible y afectiva. María y Zubiri comparten una visión similar, en tanto que ambos defienden la importancia de la emoción en el conocimiento. Asimismo, Zambrano pudo compartir muchas ideas con Ortega y Gasset, especialmente en lo que se refiere a la importancia de la experiencia personal y la subjetividad en la formación del conocimiento y la razón. Para Ortega, al igual que para Zambrano, la razón no es algo objetivo y universal, sino que está íntimamente ligada a la vida y a la experiencia individual de cada persona.

La malagueña inicia su particular andadura filosófica partiendo de la problemática de la vida humana, tejiendo su pensamiento en base a la influencia de sus maestros Ortega y Zubiri.

Su obra *El hombre y lo divino* (1955)¹, refleja claramente la orientación de su pensamiento, un pensar original que une la filosofía y la poesía de forma intrínseca. La autora sigue un camino filosófico-literario, su estilo se caracteriza por ser abierto, fruto del perfil poético que la caracteriza. «Y es que el pensamiento zambrano desafía la división convencional de los géneros, tanto los literarios como los filosóficos» (Izpizua et al., 1995, p. 25). Las obras de Zambrano evidencian el dramatismo de su vida personal, las escribe de un modo vital y existencial, de ahí el carácter místico y metafísico que las define. La poesía le sirvió como vehículo para iniciar su pensamiento filosófico, y al mismo tiempo, para romper con el opresivo racionalismo, todo ello adentrándose en la tradición moderna europea, sin abandonar la inspiración española —que acompaña a la poesía—, más concretamente la inspiración poética y trágica de Antonio Machado y de Miguel de Unamuno. Tras el exilio, Zambrano se distancia de su maestro Ortega, encaminándose hacia la “razón poética”, pues la razón vital le era insuficiente para lograr evidenciar lo que permanece oculto en las entrañas, lo que constituye, en última instancia, un sujeto racional que descompone poéticamente, haciéndose eco de la mejor tradición poética y filosófica de España y de Europa.

2.2. La palabra y la modernidad, una crítica al racionalismo

La historia de la filosofía de Platón hasta Hegel resulta un error para María Zambrano, en tanto que sitúan a la razón como centro único del conocer, lo que conduce al violento idealismo de la modernidad. La cultura moderna destaca por su implacable racionalismo, cumbre del cual es el pensamiento de Hegel, quien como es bien conocido afirmó que «lo que es racional es real, y lo que es real es racional» (Hegel, 2004, p.18). Zambrano pretende superar este racionalismo sistemático volviendo la mirada hacia el ser humano, que es conocimiento y amor. Se debe reconocer que en Zambrano «la filosofía va más allá de un pretendido saber intelectual y que nos encontramos en presencia de un filosofar que responde, en última instancia, a una necesidad hondamente sentida» (Mendizábal, 2015, p. 86). La obra de la autora tiene como base la crítica al racionalismo europeo, a la “arrogante razón”, pues

¹ Fecha de publicación original

Zambrano rechaza ese afán por conceptualizarlo todo, ese dominio violento de cada ámbito de la vida humana. Para la filósofa, el racionalismo ha llevado a una visión fragmentada del mundo, en la que se han separado los aspectos racionales y los aspectos emocionales, y se ha valorado únicamente el conocimiento científico y objetivo. Esta visión racionalista ha llevado a una pérdida de la dimensión simbólica y poética de la vida, que es esencial para comprender la realidad de una manera más completa. En su obra *La tumba de Antígona* (1967), Zambrano defiende la idea de que la razón no puede entenderlo todo, y que la experiencia poética y simbólica es necesaria para acceder a otras dimensiones del ser humano. En este sentido, el pensamiento moderno es para María insuficiente, de ahí que reclame una nueva forma de aprender y de concebir el mundo, otorgándole un lugar a todo lo que se escapaba al sistema, pues lo que no se ajusta a lo acordado no tiene que ser necesariamente un problema, sino que puede tratarse de una solución. El cambio asustaba al individuo moderno, quien también rechazaba todo lo relativo a los sueños y a lo poético, a pesar de que son necesarios para el sujeto, en tanto que humanos reales. La realidad no es perfecta, no se corresponde con ningún ideal, pero ha sido violentamente estructurada, negando lo más genuino de la vida humana, y poniendo trabas a todo lo que no formaba parte del método establecido. El pensamiento de Zambrano está caracterizado por la ausencia de sistematicidad, en tanto que impone discontinuidad, es decir, no exige un patrón preestablecido, ya que la búsqueda de un modelo puede limitar la capacidad humana de pensar, y en consecuencia, ser una forma de control de la experiencia humana.

Vivimos en un mundo cada vez más tecnificado, lo que ha fomentado un mayor control sobre la humanidad. La industrialización de la sociedad moderna había llevado a una pérdida del sentido humano. Recuperar los valores y dimensiones más profundos de la vida humana fue el principal objetivo de la autora, pero esto implicaba una revalorización de la experiencia personal, una reafirmación de la dignidad de cada persona individual. Con su “razón poética”, que une pasión y razón, el individuo logra rescatar esa verdad que hay en su ser, que le muestra un saber sobre el alma, lo que genera a su vez un orden interior en el sujeto. «El conocimiento poético es lo que liga al español con la comunidad en un sutil y frágil equilibrio entre esta y la intimidad personal» (Izpizua et al., 1995, p. 26). María concibe la filosofía como un principio transformador de la realidad, como un “camino de vida” —idea que recoge de Pitágoras—, donde esta última se alimenta de la verdad que se esconde en el propio

interior. La armonía generada por la pasión y la razón, funciona como un medio que hace frente a la crisis filosófica que le tocó vivir. La pensadora devuelve a la filosofía la esfera de la vida, recupera la noción del ser vinculada a la acción humana, logrando así un *lógos* poético unificador de lo real. La filosofía de Zambrano —que trasciende el saber intelectual— devuelve, de una manera genuina, la primacía a la vida humana, en la medida en que concede a las cosas comunes o cotidianas, un sentimiento mucho más profundo que nos une con la realidad. Entonces, su razón poética es la defensa que emplea la autora para superar la modernidad, y lo que propone la autora es que el propio pensamiento sea reconducido hacia el origen, pues el ser no puede ser comprendido como una mera forma conceptual, por lo que debe haber una reforma en el entendimiento. La filosofía no abarca exclusivamente un *lógos* racional, sino que también es palabra. «La palabra anterior a toda amputación ontológica, anterior a toda violencia ejercida por la filosofía, la palabra como absoluta revelación» (Mendizábal, 2015, p.87). La palabra constituye la capacidad del ser humano para comprender y expresar el mundo que lo rodea, y también la posibilidad de establecer conexiones y relaciones significativas con los demás. La palabra es para la autora, un elemento esencial para la reflexión y el diálogo que puede ser utilizada para crear espacios de comprensión y empatía entre las personas. En este sentido, la palabra es vista como una fuerza transformadora y liberadora, capaz de construir puentes entre diferentes culturas, lenguas y tradiciones.

La razón poética es un principio creador de palabras y pensamientos, y es por este motivo por lo que destaca su carácter holista y creador —siempre vinculado a la realidad—. La realidad para Zambrano es *poíesis*; creación, no se nos presenta nunca de forma objetiva, porque se trata de la realidad de un sujeto concreto, que está constituida por un lenguaje, por lo que cada objeto posee un significado específico. Entonces, las cosas no quedan percibidas como objetos, sino que tienen un sobreañadido significativo. «El poeta usa la palabra, no en su forma universal, sino para revelar algo que solamente en él ocurre, en el último fondo de lo individual» (Zambrano, 1996, p.118). La autora concibe al sujeto como un ser inacabado que busca la revelación de su ser, es decir, la prueba del conocimiento que se encuentra en las entrañas y que acontece en virtud de la palabra creadora, de lo poético. «Solamente la poesía que trata de decir lo indecible puede poner voz a las entrañas» (Mendizábal, 2015, p. 87). El individuo tiene la capacidad de imaginar, de concebir ideas y expresarlas a través del

arte, la literatura, la filosofía, entre otros ámbitos de expresión. La razón poética enuncia una labor continua de la lengua, lo que evita la fosilización de los discursos. Lo que abre el mundo es el lenguaje, somos herederos de las palabras, y en la autora se puede apreciar un intento de superación del dualismo impuesto entre el lenguaje filosófico y poético, cuya síntesis se traduce en la razón poética. Lo filosófico por sí solo no capta la multiplicidad de lo que es, pues pretende poseer la palabra, pero lo poético tampoco, pues permanece poseído por los encantos del instante, se consume por entero en la palabra, y es por este motivo que deben enriquecerse mutuamente.

3. Estado actual de la cuestión

3.1. El olvido de lo irracional: la crisis espiritual de nuestro tiempo

¿Es posible tranquilamente someter al análisis el alma, el alma misma?
(Zambrano, 2011, p.143)

El poder científico-tecnológico aporta actualmente una increíble autoridad respecto a la vida, no obstante, no todo se puede traducir en un lenguaje formal o científico, puesto que el ser humano posee deseos y emociones. La naturaleza del sujeto reside en el apetito, ya que es el impulso por satisfacer las necesidades lo que asegura su conservación. Además del deseo, pero también de la alegría y la tristeza, surgen las emociones y los sentimientos del sujeto. Esta parte escapa a todo análisis, en tanto que dicho análisis remite a un ámbito basado en elementos abstractos y simbólicos. El prejuicio moral controla al ser humano, e impide que la mente, al igual que el alma, sea analizable aun afirmando su materialidad. El universo está en constante movimiento, y en esta dinámica, el cuerpo y la mente también se mueven, lo que se traduce en pasiones, emociones y sentimientos. Desde Platón surge la primacía de la razón frente a las pasiones, lo que da lugar al monopolio de la verdad metódica que nos conduce a un mundo completamente administrado. Nuestra conciencia siempre es finita, nunca es dueña de sí misma. Esta realidad de nuestro ser es totalmente incompatible con el ideal moderno de subjetividad auto-transparente. Zambrano sostiene que la razón, aunque es

necesaria, no es suficiente para encontrar la verdad, ya que la verdad también se encuentra en el mundo de los sentimientos y la imaginación. Ella propone que la poesía es una forma de conocimiento que nos ayuda a comprender la vida en toda su complejidad y riqueza, ya que trasciende las palabras y las ideas convencionales ayudándonos a encontrar la verdad y a conectarnos con el mundo.

Si bien es cierto que nuestro aparato conceptual y científico se ha ampliado, en cuanto a experiencias profundas y emociones se refiere, hemos decaído, consecuencia de que el sujeto actual haya perdido su capacidad para sentir la vida, en tanto que todo lo capta a través del concepto, que actúa como filtro del conocimiento. En este contexto intelectual, Zambrano elabora su razón poética, que es capaz de penetrar la vida, sin conformarse con la mera información que ofrecen los conceptos, logrando así una superación de la alienación moderna². En el contexto de la Europa del siglo XVIII surge la Ilustración, caracterizada por la dominación política y económica de una clase social, la burguesía. Entonces, se hace necesaria una alternativa, que a juicio de Zambrano, vaya de la mano de la poesía. La poesía abre paso a la libertad, al caos originario, y por ende anterior al racionalismo de Sócrates y Platón. Dicho caos nos remite al mundo de las sensaciones y de los sueños, sede de la creatividad, que no entra en el marco científicista burgués que nos ha sido impuesto, ya que la espontaneidad pertenece al ámbito de lo irracional rechazado por el interés racional burgués. Y en este sentido, el propósito de la razón poética—, consiste en llegar al “sentir originario”, buscando el ser de las cosas que puede ser expresado poéticamente, lo que conlleva a un retorno al origen de la filosofía. «Filosofía es encontrarse a sí mismo, llegar por fin, a poseerse» (Zambrano, 1996, p.101). Entonces, el individuo desde una razón meramente instrumental no puede acceder a la auténtica verdad de las cosas, a la sabiduría, pues los conceptos que identifica se enfocan en el control y en lo medible, lo que no se corresponde con los sentimientos de este. «El sueño y el despertar cumplen como metáforas y como vivencias unos papeles vitales, que todos sin excepción poseemos por el hecho de nacer» (Izpizua et al., 1995, p. 67). La filosofía debe obtener un significado de carácter

² Fruto de la sociedad violentamente impuesta, que está determinada por la tecnificación sistemática, la esencia misma del movimiento romántico que inunda a Europa.

existencial en tanto que no se trata de una disciplina abstracta y teórica. Esta debe estar vinculada a las experiencias humanas, a la vida que enfrentamos diariamente.

El alma no es perceptible, no es visible, se encuentra aislada en sí misma, «se mueve por sí misma, va a solas, y va y vuelve sin ser notada» (Zambrano, 2011, p. 143). Por este motivo, la ciencia no la considera analizable, pues resulta imposible afirmar su existencia. Para Zambrano el ser humano no es solo cuerpo, sino que también se compone de alma y pensamiento. La autora defiende la clásica dualidad platónica, donde el cuerpo se corresponde con la luz del día, y el alma con la noche que la apaga, una «noche que no se ve pero que se siente, se respira y se escucha» (Izpizua et al., 1995, p.61), en ella sucede el sueño, un encuentro espiritual generado por la memoria. El alma sería la encargada de buscar el equilibrio entre la superficie y la profundidad, y en esta última alberga lo oculto, lo que implica ahondar en las entrañas. Escuchar el sentir humano requiere de un “mirar” con los ojos cerrados, y es por ello por lo que Zambrano abre una ruta dirigida hacia una modalidad que explica lo inexplicable, «el camino señalado por el puerto y que es, ante todo, paso, apertura» (Zambrano, 1989, p. 30), lo que permite al sujeto satisfacer las necesidades del alma. El alma se encuentra ensimismada, por ello el individuo debe abrirla camino, debe saber escuchar, pues solo la mirada atenta accede a aquello que está oculto.

El filósofo es, en esencia, un conquistador, pues está inserto en esa búsqueda incesante de la verdad acerca de lo real, mientras que el poeta es un errante que transita desde los lugares más abiertos hasta los más íntimos —las entrañas—, no representa el ansia que sí desprende el filósofo, de ahí que Zambrano entrelazara ambas figuras, originando así una nueva forma de comprender la filosofía que integra todas las dimensiones del ser humano, incluyendo los sueños y los sentimientos de este, núcleo atemporal del individuo. De este modo, el ámbito de lo irracional está presente a lo largo de toda la obra de la autora, en tanto que profundiza hasta llegar a las entrañas del sujeto, hacia el corazón. Para lo irracional o metafísico no existe un camino seguro, un «camino recto que es recorrido paso a paso sin que el yo, el sujeto del conocimiento sufra modificación alguna» (Zambrano, 1989, p.27). María Zambrano se mueve entre el ámbito de lo racional y lo irracional, unifica ambos caminos, con el fin de alcanzar la unidad del ser. El modo de proceder de la autora resulta innovador, precisamente,

porque no se atiene al rigor filosófico occidental que demuestran algunos de los grandes filósofos de la tradición, Platón, Descartes, Kant, Hegel, etc. En sus escritos, también se observa un proceso de reflexión sobre el olvido de lo irracional en la cultura occidental. Para la ensayista, el olvido de lo irracional en la cultura occidental ha llevado a una pérdida de la dimensión trascendental de la existencia humana, lo cual ha generado una crisis de sentido y una desconexión entre el ser humano y su entorno.

El pensamiento filosófico de Zambrano es indudablemente innovador, y no se caracteriza por ser dogmático, sino más bien lo contrario, pues tiene en cuenta los distintos géneros literarios, no se limita a un solo género. Su pensamiento no se reduce a un sistema específico, ya que este atraviesa senderos procedentes de una gran diversidad de esferas que le permiten conocer en profundidad al sujeto. El pensamiento de la filósofa española se caracterizó por una preocupación constante por el ser humano y su relación con el mundo. En este sentido, ella sostiene que la razón no es suficiente para explicar la complejidad del mundo, y que es necesario recuperar lo irracional como una dimensión esencial de la existencia humana, pues lo irracional no es un obstáculo para el conocimiento, sino que es una forma de sabiduría que permite acceder a una verdad mucho más profunda. María Zambrano considera que la filosofía debe dialogar con lo irracional a través de la intuición, la poesía y la reflexión, para poder comprender la realidad en su totalidad y ofrecer una visión más profunda de la existencia humana. La poesía es una forma de conocimiento que permite al individuo comprender la realidad desde una perspectiva diferente a la racional. Lo irracional debe entenderse en dos sentidos, por un lado, lo infra-racional, que hace referencia a los sueños y pasiones, y por otro lado, lo supra-racional, lo divino, lo sagrado. El sujeto se encuentra inmerso en un mundo rodeado de objetos, y en este contexto, la realidad tangible supone un refugio al que el sujeto puede agarrarse, lo que puede ser limitante debido a que esta realidad está ligada a la razón instrumental. Esta última no recoge la dimensión intuitiva y emocional del ser humano, lo que obliga a ver el mundo de una determinada manera. La razón poética de María Zambrano surge entonces como una revelación que trasciende la razón instrumental.

Los sueños han sido abandonados en tanto que no pueden ser explicados mediante la razón, de ahí que la autora resalte la indudable necesidad de rescatar a lo otro que ha quedado fuera, a la poesía, a todo lo que había rechazado esta razón imperante, como puede ser el mito, y todo lo relativo a la mística. La poesía no solo ha sido rechazada —recordemos la condena de Platón—, sino que también fue humillada por el mero hecho de no encajar en la lógica de la razón, y es por este motivo que se hace necesaria una nueva lógica capaz de recoger toda la realidad y abarcar todas las dimensiones humanas posibles, generando así un puente seguro entre el individuo y las cosas mismas. María Zambrano critica la idea de que el ser humano puede conocer la verdad objetiva de manera definitiva. Para Zambrano la filosofía debe partir de una actitud más humilde y reconocer la limitación del conocimiento humano. La realidad es luz y oscuridad a la vez, y la vida del sujeto real posee un espacio en la sombra, pues la vida de este es sueño y vigilia. La razón poética de la autora es capaz de alumbrar en la dimensión de la sombra, es la única que puede iluminar en esa oscuridad que transitamos, de tal forma que se abarca una comprensión completa, y no reductiva, de la realidad y de la persona. Los sueños se vinculan con la primera dimensión de la realidad correspondiente a la vida humana, es el estado inicial de todo ser humano, donde nos liberamos del tiempo y nos situamos en una posición intermedia entre el ser y el no-ser. Soñar no se identifica exclusivamente con el estar dormidos, y de igual modo, la vigilia no se corresponde con el estar despiertos, por lo que existe la posibilidad de soñar despiertos, donde la conciencia no se retira, como sí ocurre cuando estamos plenamente dormidos. Los sueños invaden nuestro dormir, de ahí que formen parte de una raíz oscura, pero también hacen posible el despertar más íntimo humano, «donde el sueño se convierte, pues, en un espejo donde mirarnos todas las noches» (Izpizua et al., 1995, p. 67). Lo real de los sueños no son las imágenes, sino el juego en el que el sujeto se ve envuelto, el conflicto que le amarra a esa constante repetición.

4. Discusión y posicionamiento

4.1. Las dos formas de la palabra: filosofía y poesía

«El poeta olvida lo que el filósofo se afana en recordar»

(Zambrano, 1996, p.36)

La condena a la poesía comienza con la *República* de Platón. Para la buena educación de los jóvenes es necesario eliminar algunos pasajes de las obras de Homero, pues como poeta no posee un conocimiento de la *idea* en la medida en que solo es capaz de imitar, por lo que no alcanza verdad alguna, y en este sentido la poesía se relaciona con la parte del individuo ajena a la sabiduría. Así —escribe Platón en la *República*— «el creador de imágenes es el imitador, no está versado para nada en lo que es sino en lo que parece» (Platón, 1998, X, 601b-c). Sin embargo, el filósofo conoce la Idea, es capaz de distinguir la verdadera naturaleza de las cosas, en tanto que la razón es su guía y es fiel a la verdad, y por ello es quien debía gobernar. «De modo que el poeta mimético, puesto que ignora toda esta verdad que descubre el pensamiento de Platón, está alejado por tres veces de unos originales, las Ideas» (Marieta, 2010, p. 112). Así comienza el enfrentamiento entre la filosofía y la poesía, donde «las palabras platónicas son terminantes. Existe una contradicción en el hombre entre lo que en su alma sigue a la razón y a la ley, y lo que es pasión» (Zambrano, 1996, p.38). Por tanto, la completa forma del sujeto no se halla ni en la filosofía ni en la poesía, «la poesía es encuentro, don, hallazgo por gracia. La filosofía busca, requerimiento guiado por un método» (Zambrano, 1996, p.13). Ambas formas, —filosofía y poesía—, aparentemente son irreconciliables, pues la poesía altera los límites establecidos por la filosofía, destruye su orden, forjando un mundo abierto donde todo es posible, y es por este motivo que el camino de la poesía resulta inseguro, a diferencia del camino de la filosofía, que ha vencido en lo que se refiere al ámbito del conocimiento se refiere. «Filosofía y poesía son dos caminos distintos donde el hombre se gana a sí mismo, construye su ser y existencia y hace de este mundo un lugar humano» (González Valerio, 2003, p.19). Ambos caminos permanecen separados el uno del otro, pero Zambrano persigue una verdad más allá de la filosofía, la cual se caracteriza por ser indemostrable, pues solo puede ser sugerida. Lo grandioso de la autora se

descubre cuando logra establecer un apaciguamiento entre ambas formas, introduciendo la bella respuesta poética que se hace necesaria al tratar las cuestiones vitales humanas, como el amor o la muerte, en definitiva, todo lo que conlleve un sentir del alma.

Mientras que el poeta ama, el filósofo se adueña, de ahí que este último no pueda prescindir de la vista, pues es incapaz de sentir el fluir de las cosas del mundo. No obstante, el poeta se muestra «poseído por la hermosura que brilla, por la belleza resplandeciente que destaca entre todas las cosas» (Zambrano, 1996, p.36), pues es consciente de que ese brillo se apaga, en tanto que las cosas del mundo son efímeras. La conciencia del poeta comprende una ética del poeta, la del martirio, pues este es «mártir de la poesía; le entrega su vida, toda su vida» (Zambrano, 1996, p.44), lo que le incapacita para tomar decisiones. «El poeta no toma jamás una decisión, es cierto. El poeta soporta únicamente este vivir errabundo y como sin asidero» (Zambrano, 1996, p.45). Como se puede apreciar, nos movemos ante dos extremos, que aunque opuestos, son compatibles, y no se trata de una contradicción sin sustento, sino de una realidad que se puede comprobar en la razón poética, fruto de la unión de ambos extremos, y ahí la prueba que verifica la aparente contradicción.

Para que haya conocimiento debe haber un distanciamiento respecto de la realidad observada, nuestra existencia está marcada por un juego entre intervención y distancia, pues cuando participamos en algo en lo que estamos muy volcados no podemos comprenderlo, se hace necesario un paso hacia atrás que nos permita mirar. Y cuando mantenemos una distancia total de aquello que pretendemos entender tampoco se puede interpretar nada, por tanto, es fundamental que nos movamos entre ambos extremos, entre la filosofía y la poesía, generando una armoniosa unidad que vislumbra al ser. Tanto la poesía como la filosofía buscan la autenticidad, pero en sentidos diferentes, pues la poesía no concibe una verdad excluyente y absoluta, donde solo cabe la vía del ser y del no-ser, como sí lo hace la filosofía, movida por esa búsqueda de lo uno por encima de todo. Entonces, la unidad en el poeta es contraria a la unidad del filósofo, tratan realidades totalmente opuestas, en la medida en que la poesía no abarca su unidad en torno a principios, —como sí lo hace la filosofía—, sino en base al estado de plenitud alcanzado de las cosas, —el cual se logra sin acudir a principios—, esto sucede, por ejemplo, —en el individuo—, con la muerte, pues hasta ese momento

somos seres inacabados. La muerte es una manera de ser de la que el Dasein se hace cargo tan pronto como él es (Heidegger, 1997, p. 266).

En la poesía no se encuentran rutas a seguir, no existe procedimiento alguno, y es por este motivo que permaneció errante, pero Zambrano la rescató del destierro cuando afirmó que «en el interior del hombre habita la verdad» (Zambrano, 1973, p.17). En lo más profundo acontece el ser que no puede ser buscado. “El ser que acontece” en la filosofía de Martin Heidegger, es el ser-en-el-mundo, que se refiere a la experiencia del ser humano como un ser inmerso en un mundo de significado y comprensión. Según Heidegger, la experiencia del ser humano es diferente de cualquier otro ente en el mundo, ya que somos capaces de comprender el significado y la importancia de las cosas que nos rodean. Ser-en-el-mundo (*In-der-Welt-sein*) se refiere a la forma en que el ser humano está involucrado en el mundo, y cómo esta implicación define nuestra concepción del ser y la realidad. Dar cuenta de la comprensión del ser es una cuestión fundamental para la filosofía y resulta esencial para entender la existencia humana y la realidad en general. La hermenéutica filosófica heideggeriana propone la recuperación del concepto de “verdad” como des-ocultamiento, en tanto que la verdad del ser es *a-létheia*, tiene el carácter de acontecer, y como acontecimiento es temporal; lo que pone en cuestión el concepto metafísico de verdad.

La poesía no acepta a «la razón como aquello que vence a la muerte» (Zambrano, 1996, p.34), para ella la muerte se caracteriza por ser invencible en tanto que ningún ser viviente puede escapar a esta. Lo poético se somete al instante, sin admitir el consuelo de la razón, pues «la vida maravillosa no puede ser salvada, camina hacia la muerte» (Zambrano, 1996, p.34). Mientras que el poeta fluye y atiende al ahora, el filósofo permanece en alerta, siempre vigilando, —de ahí dicha combinación entre la intervención y la distancia—, alejándose de las pasiones que intentan seducirle. El filósofo vive en el eterno desasosiego, siente una responsabilidad que es superior a él mismo, y esto es debido a que habita en la conciencia, que es cuidado (*Sorge*) y preocupación. «El cuidado, en cuanto totalidad estructural originaria, se da existencialmente *a priori* “antes”, es decir, desde siempre, *en* todo fáctico “comportamiento” y “situación” del Dasein» (Heidegger, 1997, p.215). El Dasein para Heidegger es el único ente existente realmente, la esencia del Dasein es existir. Esta

estructura es previa a cualquier otra posibilidad de experiencia, conocimiento o reflexión. En otras palabras, el cuidado es una condición necesaria para cualquier otra experiencia o comprensión del mundo. Esta última se vincula a la existencia humana en tanto que está caracterizada por su apertura al mundo, lo que supone un estado de preocupación para el individuo, ya que existir implica *un estar abierto* a múltiples modos posibles de ser. «El estar-en-el-mundo tiene la impronta del ser del “cuidado”» (Heidegger, 1997, p.220), la condición que permite al sujeto “controlar” su existencia, en tanto que seres proyectados hacia el futuro. La preocupación, como estructura ontológica, implica una proyección constante hacia el futuro, en la que este se ocupa de las posibilidades que se le presentan. Todo individuo está sometido al mundo en el que vive, y en el que debe elegir, tomar sus propias decisiones y asumir responsabilidades. «Nos encontramos en el mundo abierto, nunca dado y acabado, sino como posibilidad siempre naciente, en proceso» (Rivara Kamaji, 2003, p. 63). Nuestro ser está continuamente mutando y tiene la capacidad de elegir qué quiere, en tanto que somos un ser en posibilidades. «Por encima de la realidad está la posibilidad» (Heidegger, 1997, p.61), somos aquello que sentimos como propio, una propia posibilidad, por ello existimos «como apertura, como temporalidad, como posibilidad, como relación con el ser de manera originaria» (Rivara Kamaji, 2003, p. 63).

En *Ser y tiempo*, queda establecido que el ser humano no puede comprender su propia existencia a través de la mera observación objetiva y científica del mundo, sino que este debe enfrentar su propia mortalidad, reconocer que existe en un mundo temporal y finito. Somos seres-en-el-mundo, nuestra existencia es inseparable de este al que hemos sido arrojados, por ende la preocupación y el cuidado son estructuras originarias de la existencia, a través de ellas el ser humano se vincula consigo mismo y con el mundo. El mundo no es objetivo, sino que es nuestro “propio ser”, y por ende es indisponible. Nuestra existencia se basa en un arrojamiento hacia unas costumbres, es decir, el mundo y el yo no son cosas separadas, sino que somos un ser en dichas costumbres, mi forma de ser es el mundo en el que estoy arrojado. El mundo para nosotros no es un atributo, sino un ser. Cualquier forma de vida que sea humana siempre es una forma de vida situada en un mundo. Por tanto, la filosofía debe estar anclada en la preocupación de la vida respecto a sí misma, en tanto que surge como un momento de

la vida fáctica. La existencia humana es única e irrepetible, en consecuencia cada individuo vive una experiencia auténtica del mundo y de sí mismo.

4.2. Un inicio al origen del ser

María Zambrano se pregunta por las condiciones que posibilitan la existencia humana, y realiza un análisis que «rebaso el nivel de aquello llamado por Heidegger óntico-existencial» (Rivara Kamaji, 2003, p. 62), situando así su reflexión en el ámbito de lo ontológico. En este sentido, será la pregunta por el ser la que subyace a lo largo de todo su pensamiento, siendo su texto *El hombre y lo divino* el más significativo, en tanto que muchos de sus presupuestos ontológicos se hacen explícitos.

“El origen del ser”, acontecimiento constante en el que el ser se revela a sí mismo, un proceso continuo de auto-revelación que exige de nosotros una constante reflexión que nos introduce en un «“juego” de *Lichtung* y *Verbergung*, de manifestación y ocultamiento, de oferente re-velarse y conservarse en sí» (Izpizua et al., 1995, p. 47). Zambrano aborda esta cuestión desde una perspectiva filosófica y existencial, puesto que no se trata de algo que se pueda rastrear en el pasado, sino que se encuentra en el mismo presente, y se proyecta hacia el futuro. Ella argumenta que el ser humano está en constante búsqueda de su propia identidad y significado, y que esta búsqueda es parte de lo que constituye el ser. En su obra, *El hombre y lo divino*, Zambrano aborda esta cuestión desde una perspectiva existencial, afirmando que el ser humano está constantemente en busca de su propio ser y de su lugar en el mundo. Luego, es en *Claros del bosque* (2011), donde la filósofa se sumerge en la “razón poética”, que constituye la base de este trabajo. La problemática de la obra es de naturaleza ontológica, en tanto que el sujeto se encuentra en una situación de ocultamiento respecto de su propio ser.

María Zambrano se ve movida por la necesidad de establecer un espacio que reconozca la dimensión oculta del individuo, esta se refiere a esa parte que no es perceptible directamente a través de los sentidos, como los sentimientos o la conciencia. La pensadora busca un

método de conocimiento que haga posible dicha luminosidad. En *El hombre y lo divino* la autora narra, de un modo indirecto, una experiencia personal de revelación del ser, y este estado de lucidez acontece en experiencias límite de la vida, como puede ser el exilio, donde el sujeto logra acceder a su interioridad mediante el sufrimiento, de modo que el exilio se convirtió para María en un espacio apto para concebir la *verdad*³ —entendida como *alétheia*—, entonces el exilio para María fue una forma de conocimiento. La autora ilumina una extrañeza interior de carácter místico; el ocultamiento que se produce desde que el ser humano inicia su existencia, «cayendo en el olvido de un estado anterior, previo a su nacimiento, una especie de “vida preexistente”» (Zambrano, 2011, p.68), la cual se corresponde con la etapa del exilio. El sujeto olvida el instante previo al nacimiento, por lo que todo individuo experimenta esta primera idea de exilio, a la que es posible acceder, dado que «el viviente, a pesar de haber olvidado esta vida pre-natal, conserva la huella de este Absoluto, de este Amor preexistente» (Zambrano, 2011, p.68). Entonces, el sujeto es despojado de una parte de su ser, y será el sentimiento de pérdida y dolor el que mueva al sujeto a encontrar el ser que se oculta, apropiándose de su interior. En este sentido, el ser humano es para la autora «el ser al que no le es suficiente nacer una vez, sino que se ve precisado a renacer» (Rivara Kamaji, 2003, p. 63).

La propuesta de Zambrano comienza con el propio sujeto, cuya vida concreta depende *del ser que se es*, es decir, su experiencia vital se halla supeditada al “propio ser”, la esencia única e individual de cada ser humano. En consecuencia, el sujeto se encuentra dividido entre su experiencia de vida terrenal y su origen. La constitución originaria del sujeto conduce hacia una sensación de exilio —en un sentido ontológico— que comienza cuando el ser humano se encuentra en el vientre materno. Esta sensación de abandono prenatal se arraiga en el ser humano y se manifiesta cuando este inicia una búsqueda del lugar al que pertenece.

En un inicio, el individuo carece de conocimiento, posee «una mirada oculta, que aún no es luz, sino sombra» (Cambres, 1990, p.71), luego, el sujeto experimenta instantes de espontánea lucidez, que se corresponden con la actividad contemplativa más placentera. «En

³ El término “verdad” que aquí empleo debe entenderse de acuerdo con su significado originario (griego), desocultamiento.

estos raros e inusuales momentos se logra una sincronización entre nuestro ser y la Vida toda» (Zambrano, 2011, p.69), el espacio más pleno del ser, al cual se accede por un tiempo limitado gracias a la divinidad, la cual se manifiesta en amor —en tanto sentir originario—. El sujeto tiene la posibilidad de poseer en un momento determinado lo inteligible, y «cuando lo tiene está en acto, de modo que a éste pertenece con más razón aquello divino que el entendimiento parece poseer» (Aristóteles, 1994, XII, 1072b). El momento justo en el que se posee lo inteligible es más valioso frente a la capacidad que tenemos para pensar, debido a que se corresponde con la unión entre el ser y la vida. Tras estos instantes, se regresa a la sombra, pues el ser se retrotrae en sí mismo, resguardándose en la oscuridad que habita en la entraña, no obstante, será nuevamente el amor, en tanto que revelación de la vida humana, lo que facilite al individuo el regreso a tal necesario instante, a lo que la autora denomina en *Claros del bosque*, “las aguas primeras”, pues se trata de un conocimiento puro, que nace del mismo ser, por lo que no requiere de mediación alguna. «Y mientras el ser que se ha recibido tiende a esconderse, un algo, alma habría que llamarlo, tiende a salir del interior» (Zambrano, 2011, p.142).

El sentir y el amor abren paso a ese espacio interior donde acontece «el corazón imperturbable de la verdad bien redonda» (Parménides, 2007, p. 21), se trata de un punto sagrado previo a la actividad humana. En relación con el “acontecer de la verdad” observo una clara conexión con el *Poema* de Parménides —de donde se nutre el pensamiento de la Zambrano—, protagonizado por un joven que realiza un viaje en un carro tirado por unas yeguas y conducido por unas doncellas —hijas del sol—. En el *Poema* se describe muy detalladamente cómo es el carro, las puertas, y la diferencia entre la noche y las moradas del día, donde habita la divinidad. Cuando el viajero traspasa las puertas que separan la noche del día se pone en presencia de la divinidad, que le hace partícipe al viajero del contenido de un mensaje, la revelación de la verdad. «El camino escondido, el de la sabiduría secreta, el tercer camino, no se abre sin un guía y no se entra por él sin que el corazón se haya movido» (Zambrano, 1989, p. 32). El verdadero camino que conduce hacia la sabiduría no se encuentra a simple vista, sino que se trata de un proceso que requiere paciencia, en tanto que se revela en la experiencia viva del ser humano, a través de la contemplación y la reflexión. Hoy en día, se ha perdido el respeto reverencial al enigma, porque no tenemos pudor. El terror a la

naturaleza ha desaparecido, pues creemos que somos los dueños y señores de ella —como bien comenté a principios de este escrito—. La experiencia espiritual, sagrada y misteriosa, la vivían cotidianamente los griegos, algo que actualmente se ha perdido debido a la huida de los dioses.

4.3. El des-ocultamiento del Ser: dos vías posibles

«La idea de existencia en Zambrano es inseparable de lo que la abre, es decir, del ser, el tiempo, la libertad y el ente que es relación y apertura al ser» (Rivara Kamaji, 2003, p. 63).

El “des-ocultamiento” del ser implica, según la filosofía de Heidegger, —como bien comenté en líneas anteriores—, una actitud de apertura y receptividad hacia la realidad, y un esfuerzo por comprenderla en profundidad, más allá de las apariencias superficiales. Para la autora, inspirada en la filosofía del autor, existen dos vías entre las que el sujeto debe elegir, la poesía y la filosofía, pues son, «desde siempre, dos formas de arbitrar este conflicto originario, dos modos de tutelar nuestra experiencia» (Zambrano, 1998, p.197). Por un lado, es posible un “despertar existiendo”—el cual se corresponde con el camino de la filosofía—, que conlleva un olvido del origen, de la vida pre-natal, con el fin de construir un yo aislado. Y por otro lado, un “despertar naciendo”, que permite escuchar el propio sentir, con el fin de rescatar al propio ser, donde somos uno con la divinidad. A esta última, le concierne una lucha por la verdad, un camino árido que aleja al individuo de la realidad, del vital sentir originario, y «sin este sentir iluminante, es imposible la apertura de un espacio interior en el que la divinidad, como fundamento de nuestro ser, se haga presente» (Zambrano, 2011, p. 74). Entonces, el “despertar” le otorga al individuo un claro de luz que alumbra el sentido de ese mundo interno aparentemente indescifrable, pues se trata de un despertar sin imagen, anterior al conocimiento.

Frente a este camino impulsado por la razón violenta de la filosofía, la autora invita al lector a recorrer «el camino de la razón poética, el único que nos va a permitir “despertar naciendo”

a nuestro ser» (Zambrano, 2011, p.74). Esta vía representa la unidad entre la filosofía y la poesía, lo que permite rescatar al propio ser, que ha sido despojado y exiliado de su origen primario, la existencia pre-natal —o aguas primeras—. «El exiliado tiene que nacer de nuevo sin referirse a la tierra, siendo un ser apátrida, desterrado» (Suances, 2006, p. 454). La vía de la razón poética exige al individuo una transformación interior que le capacita para asimilar esa verdad revelada que consiste en ir «rescatando su ser escondido que le conducirá, a su vez, hacia el Uno» (Zambrano, 2011, p.70), que le salva de la incesante batalla de la filosofía. La existencia, por sí misma es caótica, de ahí la exigencia de una transformación, que libere al sujeto de la verdad objetiva que se le impone violentamente. El pensamiento y el sentir permanecen ligados, debido a que es lo que permite el descubrimiento de la estructura metafísica de la vida, del saber sobre el alma, ese espacio interior que precede a todo conocimiento. La experiencia de la razón poética trae consigo una apertura hacia el conocimiento de la realidad, en un sentido práctico, pues requiere de nuestra entrega, es decir, se trata de un saber sin búsqueda, el cual se adquiere mediante un encuentro fortuito. Se trata de «un camino a recorrer una y otra vez; un camino que se ofrece en modo estable, asequible, que no ofrece a su vez preparación o guía alguna: lugar de llegada más que de partida» (Zambrano, 1989, p. 19). Entonces, la razón poética no se limita exclusivamente a buscar un fundamento, sino que, también es revelación, —recuperando el sentido originario de la palabra poética—, lo que origina una vía de conocimiento acorde a la armonía del ser, a la unidad ⁴.

4.4. De lo sagrado a lo divino: el origen de la pregunta

En su texto *El Hombre y lo divino*, Zambrano explora la idea de lo sagrado como una dimensión que nos conecta con algo más allá de lo terrenal. Según ella, lo sagrado es lo que

⁴ No hay ser sin unidad. Si el ser fuera pura multiplicidad, esto es, pura homonimia, el ser humano no existiría, porque lo que pudiera denominarse “nuestro hablar”, carecería de sentido. Para que lo tenga, debe haber una unidad de sentido, una unidad que es equívoca, pero no absolutamente equívoca, sino una unidad que no es sinónímica (sinonimia es el término griego para univocidad).

nos permite trascender nuestras limitaciones individuales y conectarnos con la totalidad del universo. «Lo sagrado es la experiencia del ser oculto, la experiencia de ser» (Rivara Kamaji, 2003, p. 67). Lo sagrado se encuentra en la experiencia de “lo misterioso”, lo imposible de comprender en su totalidad, lo que justifica que ni la propia autora fuera capaz de conceptualizarlo⁵. Entonces, lo sagrado no puede ser captado por una razón lógica, en tanto que se trata de una realidad que se encuentra más allá de lo meramente conceptual, por lo que solo es posible experimentarlo y sentirlo. Es una fuerza que nos impulsa a buscar respuestas más allá de lo meramente racional y nos lleva a explorar los límites de nuestra propia existencia. Así, la razón poética es una forma de acceso al conocimiento de lo sagrado, un conocimiento que surge a través de la intuición, la emoción y la experiencia estética. La poesía, por tanto, se convierte en una vía de acceso hacia lo sagrado, ya que nos permite trascender la realidad cotidiana y conectarnos con la dimensión más profunda y trascendental de la vida misma. Lo sagrado, como realidad trascendental, se manifiesta en la vida a través de la experiencia poética y la contemplación estética.

Las preguntas sobre el origen, el propósito, y el destino de la vida han llevado a la aparición de sistemas religiosos en muchas sociedades. El ser humano se relacionaba con el mundo a través del delirio, quedando perplejo ante el cambio y el movimiento del mundo, lo que produjo la transformación de lo sagrado en lo divino, pues toda alteración era a causa de los dioses. Para la Zambrano, lo sagrado no estaba vinculado necesariamente con una religión específica, sino que se refería a una dimensión trascendental presente en la vida humana. El planteamiento poético-religioso de la autora supone un acercamiento a lo divino, lo que justifica el carácter místico que lo define.

La cultura surge de la necesidad humana de trascender lo meramente material y de encontrar un significado más profundo en la existencia. Las diferentes culturas reflejan distintas formas de aproximarse a lo divino. «Una cultura depende de la calidad de sus dioses, de la configuración que lo divino haya tomado frente al hombre» (Zambrano, 1973, p. 27). Los dioses son símbolos arquetípicos que encarnan los ideales más elevados y las

⁵ Si la autora lo hubiera hecho, habría caído en contradicción, pues ella afirmaba que la razón no puede reducirlo todo a concepto.

aspiraciones de una cultura. Asimismo, cada cultura desarrolla su propio lenguaje simbólico, mitos y rituales para expresar su relación con lo sagrado.

«En lo más hondo de la relación del hombre con los dioses anida la persecución: se está perseguido sin tregua por ellos y quien no sienta esta persecución implacable sobre y alrededor de sí [...] ha dejado en verdad de creer en ellos» (Zambrano, 1973, p. 27).

Este estado de persecución implica en el sujeto una constante sensación de vigilancia y amenaza causado por una fuerza externa imposible de identificar. «La presencia inexorable de una estancia superior a nuestra vida que encubre la realidad y que no nos es visible» (Zambrano, 1973, p. 31). Este es el principio de lo que la autora denomina “delirio persecutorio”, que en última instancia es, lo que hoy podríamos llamar “sagrado”, pues «la realidad, en primera instancia, se le presenta al hombre como una ocultación radical del mundo y de sí mismo» (González Valerio, 2003, p. 19), y en este sentido pertenecemos a una entidad superior, los dioses. Así «el hombre, lejos de sentirse libre, se sentía poseído, esclavo, sin saber de quien» (Zambrano, 1973, p. 33). Lo divino, en contraposición con lo sagrado, se corresponde con el des-ocultamiento, el aparecer, «Cuando lo sagrado es desocultado, lo divino aparece» (Rivara Kamaji, 2003, p. 68).

El inicio de la vida humana posee un carácter negativo, en tanto que el sujeto no se encuentra en una situación de libertad, pues pertenece a un ente que desconoce, es por ello por lo que «la aparición de un Dios representa el final de un largo periodo de oscuridad y padecimientos» (Zambrano, 1973, p. 34). Así, finaliza el delirio de persecución, una expresión que alude a una lucha por la libertad, que una vez lograda, acontece la primera pregunta que el sujeto es capaz de formular, puesto que ya tiene a quien dirigírsela. La presencia de los dioses en una cultura representa los valores esenciales de la humanidad, tales como la justicia y la verdad, su aparición «significa la posibilidad de la pregunta» (Zambrano, 1973, p.35), que aunque no es aún filosófica, sí es necesaria para constituir y formular la filosofía. En este sentido, la pregunta es un acto de apertura, de búsqueda de sentido. «La pregunta primera de la filosofía: “¿Qué son las cosas?”, no hubiera podido surgir de la conciencia humana sin la mediación de estos dioses» (Zambrano, 1973, p. 60). Entonces, la

primera relación del individuo con el mundo no posee un carácter racional, en tanto que los dioses constituyen el origen de las primeras preguntas que esbozaban estos. «Nuestro primario estar en el mundo no es desde la razón, sino desde el delirio, el cual es ya un saber —no teórico, sino vivencial—» (Rivara Kamaji, 2003, p. 64).

La filosofía nace gracias a la inicial conexión entre el individuo y lo sagrado, pues una vez el sujeto se «desprende en busca de su propio espacio vital» (Zambrano, 1973, p. 67), —logrando la libertad—, es capaz de formularle preguntas a ese ente superior que ha identificado como su Dios.

«Así la pregunta filosófica que Tales formulara un día, significa el desprendimiento del alma humana, no ya de esos dioses creados por la poesía⁶, sino de la instancia sagrada, del mundo oscuro de donde ellos mismos nacieron» (Zambrano, 1973, p. 67).

El desprendimiento de aquella realidad oculta y negativa inicial del sujeto supone el origen de la filosofía. Tanto el filósofo como el poeta han sido prisioneros del delirio, del asombro que supone la realidad. «El temor y la esperanza son los dos estados propios del delirio, consecuencia de la persecución y de la gracia de ese algo o alguien que mira sin ser visto» (Constante, 2003, p. 40). Todo sujeto debe superar dicho delirio para encontrar su ser, «es desde ese delirio frente a la realidad donde emerge la manifestación de lo divino, instante que comienza a proyectar luz sobre la tiniebla: que se abra lo divino desde las entrañas de lo sagrado» (González Valerio, 2003, p. 20). Entonces, con la aparición de los dioses, el individuo empieza a salir de la primera ocultación de su ser, lo que le permite identificarse consigo mismo.

Es desde el delirio y la angustia, y no desde la razón, que el sujeto se relaciona con el mundo. El ser humano, «al ser desocultado, abre la realidad, tornándose en lo divino: en lo sagrado aparecido» (Rivara Kamaji, 2003, p. 64). El ser humano es el ente que permanece abierto a lo sagrado, y al mismo tiempo «al mundo no como racionalidad, sino como desocultamiento, como mostración de la oscura entraña de la incomprensible realidad» (Rivara Kamaji, 2003,

⁶ Aquí la autora hace referencia a los dioses griegos (homéricos).

p. 64). Entonces, lo sagrado no es cualquier idea o concepto explicativo, sino una experiencia que se origina en el ser del ser humano.

Como comentábamos en líneas anteriores, el ser humano es un ser angustiado, en tanto que «la realidad le desborda, le sobrepasa y no la entiende: habita el mundo sin sentirse en *su* mundo» (Rivara Kamaji, 2003, p. 64). Esto implica asumir las limitaciones y las finitudes de toda posible conciencia o reflexión, «Es desde su conciencia de la finitud que ha de arrojarse, lanzarse y hacer del mundo su lugar» (Rivara Kamaji, 2003, p. 65). Entonces, todo sujeto debe configurar *su* mundo, hacer de este un espacio habitable para terminar con su angustia, —terror al que Zambrano denominaba delirio—. Esto último, constituye el descubrimiento del espacio de lo sagrado que el sujeto funda desde ese delirio. El mundo se nos da como ya interpretado, y vivimos en una serie de interpretaciones asumidas a las que somos lanzados, somos lanzados a un ser ya interpretado de las cosas en el mundo. Y al mismo tiempo, el Dasein (mi propio ser) está asumido de una u otra manera. «En todo comprender del mundo está comprendida también la existencia, y viceversa» (Heidegger, 1997, p. 175). Cualquier interpretación de algo que hagamos, lleva aparejada una auto-comprensión existencial, por lo que en todas mis interpretaciones hay una interpretación del propio Dasein y viceversa.

Lo sagrado, —como condición previa que posibilita lo divino—, acontece en virtud de nuestra condición finita. La matriz que ha “creado” a los dioses es nuestro ser y la des-ocultación de la realidad que es posible desde este. Así surge la pregunta, desde una realidad que nos es inicialmente oculta e incomprensible. Tras esta etapa angustiosa, el sujeto puede ofrecer su palabra a los dioses, «pero sólo cuando ha podido preguntar por su propio ser logrará conminar a los dioses a un diálogo» (Rivara Kamaji, 2003, p. 67). Es decir, solo surge el diálogo con la divinidad desde la previa condición humana del delirio. «De esta forma, Zambrano no elabora un concepto religioso de lo sagrado, sino ontológico» (Rivara Kamaji, 2003, p. 67).

5. Conclusión y vías abiertas

Hemos estudiado, a lo largo del trabajo, el concepto de *razón poética*. Para ello, he abordado la relación entre filosofía y poesía desde un enfoque de carácter ontológico, en tanto que me he apoyado en el pensamiento filosófico de Heidegger y me he centrado en conceptos como “lo sagrado” que apelan al carácter místico que define a la filosofía de la autora. Tras las lecturas que he hecho de las obras de María Zambrano, puedo afirmar que es, a mi juicio, la pensadora más brillante y original de la España del siglo XX. Ella ha sido capaz de hilar los pensamientos más profundos que ahondan en la verdad vinculada a la realidad existente, lo que posibilita la experiencia del ser, que fluye siempre en lo más íntimo del sujeto. La autora tiene la capacidad de despertar la creatividad de cada ser individual, pues trata en profundidad la importancia del arte y la poesía. Ambos son caminos del conocimiento que impregnan al ser humano y que los conduce hacia dimensiones que otras vías ignoran. A partir del entrecruzamiento entre la filosofía y la poesía, en tanto modo de la verdad, es posible narrar e interpretar la historia del pensamiento occidental. Lo grandioso de la autora se encuentra en su intento por recuperar otros modos de conocimiento y comprensión para poder entender la complejidad de la existencia humana en su totalidad. Para Zambrano, la razón no puede entender completamente la complejidad de la existencia humana, y es necesario recurrir a otros modos de conocimiento para comprenderla en su totalidad. «Hay que lograr que en este ser llamado humano, dotado de pensamiento, el transitar sea trascender, es decir, sea creador» (Zambrano, 1989, p.97). En el mundo, donde solo estamos de paso, debemos tratar de crear belleza, utopías y comprensión, pues si solo nos guiamos por el saber científico perdemos una dimensión esencial al ser humano que como existente no se deja reducir a pura medida. Sin este impulso humano la vida no merecería ser vivida.

Y es por todo lo anterior, que considero que la misma filosofía de la autora constituye una vía abierta, pues a diferencia de muchas otras filosofías que buscan encontrar respuestas definitivas y cerradas a los problemas del ser humano, Zambrano propone un planteamiento alternativo que se mantiene abierto a la pregunta y a la exploración constante de nuevas disputas. Para Zambrano, la filosofía no es un conjunto de respuestas preconcebidas, sino un

camino de búsqueda y descubrimiento continuo. Su filosofía está profundamente arraigada en la experiencia humana, y busca comprender la complejidad de la existencia humana desde una perspectiva poética e intuitiva frente a la lógica y lo racional.

En suma, la filosofía de María Zambrano se resume en tres palabras: nacimiento, camino y regreso, las cuales se identifican con el proceso humano que he ido desgranando a lo largo de este trabajo. El pensamiento filosófico de la Zambrano se presenta como una apertura a la experiencia meta-racional, porque invita a los seres humanos a cuestionar y a explorar su propia existencia, a través de una reflexión profunda y constante que les permita descubrir nuevas formas de comprenderse a sí mismos y al mundo que les rodea.

6. Referencias bibliográficas

Aristóteles (1994). *Metafísica* (trad. T. Calvo). Madrid. Gredos.

Cambres, G.G. (1990). *El camino de la razón poética*. Málaga. Ágora.

Constante, A., (2003). María Zambrano o la razón sumergida. *Signos Filosóficos*, (9), 33-41. Dirección en internet: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=34300904>

González Valerio, M. A., (2003). Filosofía y poesía en el pensamiento de María Zambrano. *Signos Filosóficos*, (9), 17-24. Dirección en internet: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=34300902>

Hegel, G. W. F. (2004). *Principios de la filosofía del derecho* (trad. J. L. Vermal). Buenos Aires. Editorial sudamericana.

Heidegger, M. (1997). *Ser y tiempo* (trad. J. E. Rivera). México. Universitaria.

Izpizua, D. L., González, R. J., y Martín, J. F. (1995). María Zambrano: la razón sumergida. *Archipiélago. Revista Cultural de Nuestra América*, (59), 3-143. Dirección en internet: <http://www.archipiélago-ed.com>

Marieta, I., (2010). *Tentativas sobre la filosofía griega*. Barcelona. Laertes.

Mendizábal, C. E., (2015). La penumbra salvadora: María Zambrano y la razón poética. *Daimon. Revista Internacional de Filosofía*, (66), 85-94. Dirección en internet: <http://dx.doi.org/10.6018/daimon/190191>.

Rivara Kamaji, G., (2003). Al principio era el delirio... Reflexiones en torno a lo sagrado y lo divino en la filosofía de María Zambrano. *Signos Filosóficos*, (9), 61-79. Dirección en internet: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=34300907>

Suances, M. (2006). *Historia de la filosofía española contemporánea*. Madrid. Síntesis.

Parménides (2007), *Poema* (ed. y trad. A. Bernabé). Madrid. Istmo.

Platón (1998), *La República* (trad. C. Eggers). Madrid. Gredos.

Zambrano, M. (2011). *Claros del bosque*. Madrid. Cátedra.

Zambrano, M. (1998). *Claves de la razón poética. María Zambrano: un pensamiento en el origen del tiempo*. Madrid. Trotta.

Zambrano, M. (1973). *El hombre y lo divino*. México. F.C.E.

Zambrano, M. (1996). *Filosofía y poesía*. México. F.C.E.

Zambrano, M. (1983) *La tumba de Antígona*. Málaga. Litoral.

Zambrano, M. (1989). *Notas de un método*. Madrid. Mondatori.